



bam
bú



Philippe Nessmann

AL ASALTO DEL CIELO

La leyenda de la Aeropostal

Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, S. A.

© 2008, Éditions Flammarion para el texto
y las ilustraciones
© 2009, Editorial Casals, S. A.
Tel.: 902 107 007
www.editorialbambu.com

Título original: *A l'assaut du ciel. La légende
de l'Aéropostale*

Ilustración: Thomas Ehretsmann
Traducción: Arturo Peral Santamaría

Créditos fotográficos del Cuaderno Documental:

Página 1: Colección Bernard Marck;
página 2: Rue des Archives/Varma;
página 3: Rue des Archives, Colección Bernard Marck;
página 4: Rue des Archives/Colección BCA;
página 5: Bettmann/Corbis, Albert Harlingue/Roger-Viollet;
página 6: Rue des Archives;
página 7: Roger-Viollet (izquierda), Colección Bernard Mark (derecha);
páginas 12, 13, 14: Colección Bernard Marck;
página 15: Roger-Viollet; página 16: David Pollack/K.J. Historical/Corbis.

Ilustraciones de los aviones en las páginas 10 y 11: Philippe Mitschké.

Segunda edición: diciembre de 2010
ISBN: 978-84-8343-089-7
Depósito legal: M-50.852-2010
Printed in Spain
Impreso en Anzos, S. L., Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Primera parte

Cómo desapareció Henri Guillaumet

Capítulo uno

Por radio.

De Santiago de Chile a Mendoza.

Viernes 13 de junio de 1930 a las 8.00 h.

*Henri Guillaumet acaba de despegar
con la correspondencia. Stop.*

Mal tiempo en los Andes. Stop.

«**A**unque es poco habitual, yo incluso diría raro, en algunas ocasiones se puede ver el momento exacto en que nace una vocación. Yo vi nacer con mis propios ojos la de mi hermano Henri.

Tenía catorce años y, desde hacía varios meses, nuestro pueblecito estaba irreconocible. Normalmente, Bouy tiene trescientos habitantes y cincuenta caballos, granjas cuidadas alineadas a lo largo de las calles, campos y bosques bien cuidados alrededor. La granja de nuestro padre se sitúa en el corazón del pueblo, muy cerca de la iglesia románica. En torno al gran patio central se encuentran la vivienda, el granero y por supuesto la pocilga: somos criadores de cerdos.

Ahora bien, desde hacía varios meses, como ya he dicho, Bouy estaba irreconocible. Casi todos los hombres y la mitad de los caballos fueron reclutados, por lo que habían



abandonado el pueblo. Otros tomaron su lugar: miles de hombres cubiertos de lodo recuperaban fuerzas en nuestros graneros y nos hablaban como si fuéramos sus hijos. Probablemente echaban mucho de menos a sus familias. Se quedaban aquí cuatro días, luego regresaban al lugar del que habían venido. Después volvían una o dos veces, hasta que no se les veía más. Habían muerto.

Pero me doy cuenta de que no he dicho dónde se encuentra nuestro pueblo: hay que saberlo para comprender lo que estaba ocurriendo. Bouy está en la Champaña, a quince kilómetros al norte de Châlons-sur-Marne. En la época en la que mi hermano Henri descubrió su vocación, es decir, durante la Gran Guerra, la línea del frente entre el ejército francés y el ejército alemán pasaba a tan sólo unos pocos kilómetros al norte.

Así pues, a pocos kilómetros de nosotros, enterrados en las trincheras fangosas, nuestros soldados luchaban contra los alemanes, enterrados también en trincheras excavadas un poco más lejos.

Ahí se libraba la guerra, pero para nosotros, los niños del pueblo, aquello parecía más bien unas vacaciones, por lo menos al principio.

En primer lugar, porque no había casi nadie para vigilarnos: nuestros padres se habían ido a combatir; nos habían asegurado que «no tardaremos mucho, zurraremos a los prusianos y después volveremos», y nuestras madres estaban demasiado ocupadas para canalizar nuestra



fogosidad. Además, a nosotros, los Guillaumet, nos cuidaba nuestra anciana abuela: cuando Henri tenía dos años, nuestra madre había muerto al parir a un hermanito que no sobrevivió.

Se podría decir que al comenzar la guerra, un viento de libertad sopló sobre nuestras cabezas. En compañía de Henri, el pequeño Maurice y los demás, pasábamos más tiempo pescando truchas que en la escuela.

Además, el pueblo era un auténtico desastre, con centenares de soldados que venían de las trincheras cercanas a descansar. Para entretenerlos, el ejército había habilitado un «hogar del soldado» junto al jardín del señor Villepoux, en el camino de Grandes-Loges. Teníamos permiso para ir; recuerdo que la taza de chocolate costaba veinticinco céntimos. Pero lo mejor era el cinematógrafo. En aquella época, Bouy no tenía suministro eléctrico. ¡Imaginad un cinematógrafo gratuito y abierto a todo el mundo!

Por eso, para los niños, el comienzo de la guerra era como estar de vacaciones. Fueron pasando los meses y los obuses 155 llovían sobre el monte Cornillet. Los lisiados, cubiertos de vendas y sangre, parecían rodar hasta nuestro pueblo. Levantaron un hospital de lona junto al camino de l'Angle-du-Carry y, en el campo que había al lado, crecían las cruces como los hongos después de una tormenta. La guerra se convirtió de verdad en guerra.

No sólo tardaban nuestros padres en regresar, sino que los mayores del grupo tuvieron que marcharse para unir-



se a ellos. Un día, René, nuestro hermano mayor, que hasta entonces se había ocupado de los cerdos con mi abuela, cumplió dieciocho años y fue llamado a filas. Con sólo dieciséis años, yo tuve que convertirme en el jefe de la familia. Se acabaron las risas; había que ganarse el pan y ocuparse de las labores y de los cerdos.

Fue en aquella época cuando pasó. Me refiero a la vocación de Henri. Pero quizá debería haber empezado por ahí.

Corría el año 1916. Un día, al anochecer, Henri volvió muy excitado y sudando. Había corrido como un desesperado.

–¡André –me dijo–, ven a ver esto, ven rápido a verlo!

–¿Qué te ocurre? Por cierto, ¿dónde estabas? ¡Te necesito en la granja!

Se sentó sobre un fardo de paja para recuperar el aliento y añadió:

–Estaba pescando en el Vesle... Estaba en el rincón de las truchas cuando oí un ruido, como el motor de un automóvil, pero venía del cielo. Alcé la mirada pero no había nada. Sin embargo, el ruido se acercaba... De pronto, lo vi: un aeroplano pasó a toda velocidad sobre mi cabeza, rozando los álamos... ¡Tenías que haberlo visto! ¿No lo has oído?

No, no había oído nada. Yo estaba trabajando.

–Justo después, otro aeroplano sobrevoló los árboles, después un tercero y luego un cuarto. Todos hicieron la



misma maniobra: apagar el motor al sobrevolar la casa de la señora Grumillier... Entonces los seguí; corrí a través del bosque hasta el camino de Haut-Buisson. Y allí estaban, posados en un claro... Había ocho hombres con enormes gafas en la frente... Estaban inspeccionando el terreno.

–¿Hablaste con ellos? –pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

–Pues no...

¡Pues no! ¡Por Dios, Riri! A sus catorce años, con vello en el mentón y su gran estatura, parecía un adulto, aunque todavía tenía la timidez de un niño. La estatura le viene de familia: los Guillaumet estamos constituidos como granjas, con manos listas para sacudir manzanos. No quiero decir que Henri sea miedoso, más bien al contrario; lo he visto más de una vez atrapar un cerdo por la cintura, arriesgándose a llevarse una coza. No, lo que digo es que cuando había que hablar con la gente, y sobre todo con desconocidos, se echaba atrás como una chica.

–Ven –dijo emocionado–, te enseñaré los aeroplanos. ¡Tienes que verlos!

–No, tengo trabajo... ¡Quizá mañana!

–Pero mañana se habrán ido. ¡Venga, ven!

Pensándolo bien, ¿por qué no? Clavé la horca en un montón de paja y seguí a mi hermano pequeño al campo de la señora Grumillier. Había cuatro aviones alineados unos junto a otros. Eran biplanos con dos pares de alas superpuestas. Los pilotos eran soldados; estaban tirando de



lonas para montar un campamento. Henri y yo nos escondimos detrás de los matorrales para observarlos. Entonces susurró:

–Ésos son aviones Voisin. Por delante, al nivel de las alas, el agujero de la parte superior de la carlinga es donde se coloca el piloto. En vuelo, sólo sobresale su cabeza. El agujero de la parte posterior es para el pasajero...

Oh, he olvidado decir una cosa importante: no era la primera vez que veíamos aviones. Sin embargo, en aquella época, pocos eran los que los habían visto con sus propios ojos. Eran los comienzos de la aviación y los aeroplanos eran muy poco habituales.

No soy un especialista –Henri lo explicaría mejor que yo–, pero el primer vuelo de un aparato «más pesado que el aire» había tenido lugar unos quince años antes de los acontecimientos que estoy contando aquí. Sólo para dar una idea, en 1906, todos los periódicos relataron la hazaña de Santos-Dumont, un brasileño que había batido el triple récord del mundo de duración, distancia y velocidad a bordo de un avión. Había volado durante veintiún segundos, recorriendo doscientos veinte metros a cuarenta kilómetros por hora. ¡No estaba mal!

En principio, en un pueblucho como Bouy no tendríamos que haber visto ese tipo de vehículo. No obstante, en 1908, un célebre piloto aterrizó aquí. Para huir de los curiosos parisinos que no lo dejaban trabajar tranquilo, Henri Farman se instaló en la Champaña. En un hangar construi-



do a dos kilómetros de Bouy, fabricó aeroplanos de tela, madera y acero. En noviembre de 1908 consiguió incluso realizar el primer viaje del mundo de una ciudad a otra: despegó en Bouy y llegó a Reims, a veintisiete kilómetros de distancia.

Entonces Henri tenía seis años. Durante los años siguientes, después de la escuela, solía atravesar los campos de alfalfa a gandulear junto al hangar. Los jueves, cuando el pequeño Maurice, el hijo del panadero, entregaba pan a Farman, Riri lo acompañaba. Así, podía observar de cerca los frágiles biplanos y sus ruedas de bicicleta, y hacer tímidas preguntas a los trabajadores de mono azul. «¿Por qué las hélices son de madera y no de hierro? ¿Y cómo se le pide al avión que gire a la derecha o a la izquierda? ¿Me dejarán volar alguna vez?»

Así es como Henri aprendió mucho sobre aeroplanos. Era algo que lo apasionaba de verdad. De hecho, quizá su vocación por los aviones le venga de este periodo. Habría que preguntarle...

Pero no lo creo.

Yo creo que nació durante la Gran Guerra, durante los días en que seguimos el aterrizaje de aeroplanos en el prado de la señora Grumillier. Henri pasó mucho tiempo observando a los pilotos y a los mecánicos. Escondido detrás de unos árboles, miraba cómo preparaban los biplanos y cómo los hacían despegar. Los pilotos iban a sobrevolar las trincheras alemanas. En la parte posterior, el pasajero tira-



ba bombas contra el enemigo o tomaba notas de la situación de su artillería.

Pero, inevitablemente, al espiar así los aeroplanos, ocurrió lo que debía ocurrir: una noche, Henri no volvió a cenar. La abuela y yo nos inquietamos. ¡Con la guerra tan cerca, Dios sabe qué le habría ocurrido!

Estaba preparándome para salir a buscarlo cuando apareció con una inmensa sonrisa en los labios.

A mí no me hacía gracia.

—¿¡Te parece bonito!?! ¿Por qué llegas tan tarde? ¡Estábamos preocupados!

—Estaba en La Cheppe.

La Cheppe es un pueblo situado a diez kilómetros de Bouy.

—¿Qué has ido a hacer allí?

—¡Te lo contaré todo, chico, es una historia increíble!

Se sentó a la mesa y nuestra abuela, que es demasiado buena, le sirvió la sopa. Pero él ni la tocó; estaba demasiado ansioso por hablar:

—Esta tarde, al terminar con el heno, fui a ver los aeroplanos. Me acababa de colocar detrás de un matorral cuando una mano me tocó el hombro. Era un piloto. Me dijo: «Y bien, ¿nos estás espiando?». Y respondí: «No, no, señor, sólo estoy mirando...». ¡Qué vergüenza! «Si crees que no os vemos, a ti y a los otros del pueblo... Pero a ti ya te he visto varias veces. ¿Te interesan los aviones?» «¡Oh, sí!» Y para demostrárselo, le conté todo lo que sabía de los aeroplanos



de Farman, los motores, las hélices y las carlingas. Estaba asombrado de que supiera tanto. Pensó durante un buen rato y después me dijo: «¿Te gustaría dar una vuelta?». «¿En avión? Pero está prohibido, ¿no?» «Sí, pero basta con que no digas nada...» ¡Imagínate las ganas que tenía!

Nuestra abuela, que hasta entonces se había ocupado de la cocina, se sentó a la mesa, blanca como un papel. Los aeroplanos le daban miedo. Y la guerra también. ¡A la pobre la asustaba tanto que nos pasara algo! Henri se dio cuenta.

—¡No te asustes, abuelita, no quería hacerme sobrevolar las trincheras alemanas! Sólo tenía que ir a La Cheppe; ahí es donde los pilotos tienen el comedor, y el asiento del pasajero estaba libre. Me dio un capote militar para que me lo pusiera sobre los hombros y un gorro de policía para la cabeza, ya sabes, de esos que te cubren las orejas. Estaba realmente excitado cuando subí al aeroplano. De hecho, estos aparatos son bastante estrechos: mis hombros casi tocaban los dos lados. El piloto me enseñó a fijar el arnés y después se colocó en la parte delantera. Un mecánico colocó la hélice en la posición correcta y después la hizo girar con todas sus fuerzas. El motor rugió, pero la hélice se paró. El mecánico volvió a empezar, y esta vez se puso a girar.

Una enorme sonrisa surgió en el rostro de mi hermano. Era como si, al contarnos su aventura, la reviviera.

—El motor empezó a vibrar. Todo el aeroplano empezó a vibrar. Mis manos estaban sobre la lona de la carlin-



ga. Sentí cómo me vibraban las manos, los brazos, los pies, el culo, todo mi cuerpo. ¡Y mi corazón latía con mucha fuerza! El piloto aceleró. El motor hizo aún más ruido y el avión empezó a moverse. Avanzó por la hierba del campo. Cada montículo provocaba una sacudida. El aeroplano iba cada vez más rápido, pero el piloto tardaba en hacerlo volar. Veía cada vez más cerca el final del campo y los arbustos. Y, de pronto, cuando íbamos a bastante velocidad, tiró del timón, los alerones traseros se alzaron y dejé de sentir los montículos bajo las ruedas. Era muy suave, como si condujéramos sobre algodón. Miré hacia abajo: el suelo se alejaba. ¡Estábamos en el aire! ¡Estábamos volando! ¡Era increíble, tenías que haberlo visto! Pasamos justo por encima de los matorrales, después por encima de los árboles... ¡Fue increíble!

Sentado en la silla, Henri alzó los brazos en horizontal para simular que tenía alas.

—El piloto ganó altura y después giró a la derecha. Sobrevolábamos el pueblo. Debajo estaban las calles, los tejados de las granjas, los jardines. ¡Tenías que haberlo visto, chico! Delante de la iglesia estaba el señor cura hablando con la carnicera. Eran muy pequeños. ¡Desde ahí arriba, las personas parecen hormigas! Después vi nuestra casa junto a la iglesia. El patio, la vivienda, el granero, la pocilga. Fue estupendo. ¡De verdad, tenías que haberlo visto!

Con sólo imaginarlo, me entraban escalofríos. ¡La vez que subí al campanario de la iglesia casi tuve vértigo!



—Después, el piloto se dirigió a La Cheppe. El campo es muy distinto visto desde el cielo. ¡Todo está recto! Los caminos y las carreteras, todo está trazado con regla. Los campos son cuadrados. Sólo el río Vesle se retuerce entre los árboles. A la izquierda, por el lado de los montes de la Champaña, había nubes de humo negro. Los obuses llovían sobre las trincheras. Ahí estaba el campo de batalla. Tienes que creerme, ¡en el cielo se está realmente bien! Sólo se oye el ruido del motor y el silbido del viento en los montantes. ¡Ahí arriba se está genial! ¡Tienes que probarlo, chico!

No estaba seguro de tener muchas ganas, pero quizá sí, era cuestión de probar. Nuestra abuela, por su parte, estaba cada vez más pálida.

—No sé cuánto duró el vuelo, pero fue demasiado corto. El piloto comenzó el descenso repentinamente. Debajo estaba La Cheppe. El piloto giró varias veces para alinearse con el campo donde quería aterrizar. El aeroplano perdió mucha altura. Los campos, los árboles y las casas empezaron a crecer. De nuevo pude distinguir las tejas y las hojas, cosas que no se ven desde arriba. El avión se balanceó un poco, el suelo se acercaba, y de repente, tras una sacudida, todo empezó a vibrar. Todo traqueteaba, como en el despegue, por los montículos y los agujeros del terreno. Volvía a estar en tierra firme. El aeroplano se detuvo, el piloto apagó el motor y me ayudó a bajar. En mis oídos persistían el ronroneo del motor y el silbido del viento. Ojalá no se detuvieran nunca...



Cuando Henri calló, tenía los ojos brillantes como estrellitas que parpadean, como si ahí arriba hubiera descubierto un tesoro.

Unos días después yo también di una vuelta en avión. Vi los mismos paisajes que mi hermano, las mismas casas y los mismos árboles, sentí las mismas vibraciones y oí el silbido del viento. A mí también me gustó mucho, pero yo no encontré allí ningún tesoro.

Hoy sé qué tesoro descubrió Henri en el cielo aquel día de 1916, cuando tenía catorce años. Era el sentido que daría a su vida, su vocación: ser piloto.»

* * *

Tras el fin de la guerra, el padre de Henri Guillaumet y su hermano mayor regresaron a casa. La vida en la granja retomó entonces su curso. Pero, a pesar de la importancia de trabajar la tierra –segar el trigo, almacenar el grano, alimentar los cerdos–, Henri mantuvo los ojos dirigidos al cielo. Quería hacerse piloto. No pensaba más que en eso, pero ¿cómo iba a lograrlo? Había muchas escuelas de aprendizaje, pero eran demasiado caras.

Cuando supo que el gobierno francés acababa de crear becas de pilotaje, pidió a su padre la autorización para solicitar una. Para ello, bastaba pasar un control médico y un examen de cultura general. La familia Guillaumet dudó: en la granja necesitaba todos los brazos disponibles. Pero la



pasión insaciable de Henri fue más fuerte que sus reticencias.

Obtuvo la beca y fue admitido en la escuela de pilotaje de Charles Nungesser, en Orly, cerca de París. Nungesser era un as de la Primera Guerra Mundial, un temerario con el rostro sembrado de cicatrices, recuerdos de sus muchos accidentes. En la escuela transmitía con energía su amor por el vuelo y endurecía a sus alumnos.

Apenas dos días después de que Guillaumet llegara, dos de sus compañeros se mataron en un día. Nungesser reunió a los demás alumnos en torno a los restos de los aviones y les dijo: «La aviación es esto. Ahora, aquellos que quieran continuar...». Después se subió a un biplano y despegó.

Henri fue uno de los que continuaron. Es cierto que era tímido, pero no miedoso. Resultó ser un alumno excelente y obtuvo sin dificultad el diploma de piloto.

